

Cruzada Cultural organizada por el
Ministerio de Instrucción Pública

1934

Andresillo

I

"La Libertad", "El Pueblo", iba gritando
Por calles y por plazas,
Cuando el jardín se cubre de heliotropos,
De azules lirios y de rosas pálidas.
"La Libertad", "El Pueblo", repetía
Sobre el fango y la escarcha
Cuando tiemblan los árboles desnudos
Y se encorvan las ramas.

Descalzo, el cuello al aire, mal prendido
El pantalón que a la rodilla alcanza;
Sobre el cabello inculto, vieja boina
De dudoso color y rota malla;
Trigueño, endeble, sin descanso y ágil,
Por calles y por plazas,
A la lluvia y al viento,
Sobre el fango y la escarcha
Iba gritando con su voz ya ronca:
"La Igualdad", "La República", "La Patria".

II

Se llamaba Andresillo y contaría
Diez primaveras a lo más; su infancia
Fué una penumbra dolorosa y triste,
Como aurora de un día de borrasca;
Un pasaje del Dante; una tragedia
Escondida en la bolsa de una larva.
Recogido del suelo del suburbio,
Hijo de la embriaguez y de la infamia,
Creció entre golpes y denuestos, solo,
Sin escuchar jamás esas palabras
Que parecen el salmo de las cunas
Y que las madres verdaderas cantan.
No le vieron jamás sus compañeros
En los alegres corros de la playa;
Ni precedió a las tropas en revista,
Al vivo son de la marcial charanga;
Ni merodeó jamás en los frutales
Que la ciudad circundan, ni su charla
Hizo sonreír al viejo transeunte
Que junto al grupo de chicuelos pasa.
Creció en un antro, conociendo el hambre;
Junto a un hogar sin llamas,
Y apenas supo andar, sus manecitas,
¡Sus manecitas por el frío cárdenas!
Ofrecieron temblando al pasajero
Esas hojas inmensas en que vagan
En orden apiñado
Las líneas negras y las líneas blancas.
Vendiese poco o mucho, eran los golpes
La recompensa diaria;
Y fuerza fué agotar la mercancía;
Gritar "El Porvenir", "La Democracia",
"El Progreso", "La Idea", con voz ronca,
Bien estridente, alta,
Para aplacar la furia del verdugo,
De la mujer salvaje y sin entrañas,
Que adoptó porque sí, por hacer algo
Al hijo del misterio y de la crápula.
Si el niño — ¡Perdón madre! — le decía
Deshaciéndose en lágrimas,
Aquella furia contestaba alzando

(Sigue a la vuelta)

Su diestra de gigante:
 —¡Tu madre fué una horrible mujerzuela!...
 ¡No me llames así!... ¡Duérmete y calla!—
 En tanto un hombre que paseaba ebrio
 Por la mísera estancia,
 Azuzaba a la bruja murmurando:
 —Haces bien: ¡Que se duerma o que se vaya!—
 Así pasó del huérfano
 La dolorosa infancia:
 ¡La infancia de Andresillo, un condenado
 De que el Dante no habla!.—

III

Una noche de invierno, triste y fría;
 Noche de lluvia sepulcral y opaca,
 Andrés enfermo, pero alegre y ágil,
 Volviendo a su prisión cruza una plaza.
 No es fácil que le peguen; ha vendido
 Cuanto quiso vender, y aún cuando se halla
 Con fiebre y muy cansado, sólo el frío
 De la lluviosa noche le acobarda.
 De pronto oye un sollozo; es una niña
 Huérfana como él; como él oleada
 Del fango, de la sombra y compañera
 De oficio y correrías. — ¿Que te pasa?
 ¿Porque lloras? — Le dice, y sollozando
 La pequeña exclama:
 —¡Que no pude vender todos los números
 Y me van a matar! — ¡Mi pobre Paula!
 ¿También a tí te pegan? — ¡Es por eso
 Que tengo miedo de volver a casa! —
 — ¿Cuántos números tienes? — Andrés dijo
 — ¡Ocho! — responde la pequeña. ¡Oh Santa
 Compasión del insecto por el átomo!
 Andresillo infeliz la frente baja,
 Compra los ocho números y sigue
 El camino que lleva a su morada,
 Calculando los golpes que le esperan,
 Llena de angustia el alma,
 ¡Mientras que de rodillas en la noche,
 Sobre las nubes pardas,
 La madre de la niña sin ventura
 De gratitud y de dolor lloraba!

IV

Llegó Andrés a su cueva; vió en lo oscuro
 El gastado gergón de húmeda paja,
 Y sobre tosca fuente, junto al fuego
 El humo de las viandas.
 —¡Si te queda algún número, a la calle!—
 La mujer le gritó. — ¡La noche es mala
 Y no pude vender! — con ronco esfuerzo
 Del niño balbucea la garganta
 Ya lleno de sollozos. — ¡A la calle!
 ¡A dormir en los bancos de la plaza!—
 —¡Estoy enfermo y la ventisca sopla!—
 —¡A la calle, repito! — Y la gigante,
 Hecha una furia de cabellos rojos,
 Dejó al niño y la sombra cara a cara.
 Lo que el niño y la noche se dijeron
 Es un misterio aún; talvez el alma
 Enternecida de la pobre madre
 Sobre el niño tendió las leves alas.
 Lo cierto es que al venir el nuevo día
 Los quinteros que entraban
 En la ciudad, rigiendo adormecidos
 Con mano floja, las carretas tardas,
 ¡Le vieron con asombro
 En el umbral oscuro de la casa,
 Lívido, inmóvil, azulado, muerto,
 A la confusa claridad del alba!.

Carlos Roxlo.